

EL MERIDIANO

Nuria Casas

Ulises con mochila

La exclamación de felicidad de la madre «¡Yupil!» al ver que por fin trasponía el autobús cargado de niños aventureros, entre ellos su hijo, arrancó la risa del resto de padres que perdían de vista por unos días a sus vástagos. Durante dos semanas desaparecerían las discusiones por las largas horas delante de la Play. Tampoco se oíría en casa el mantra más recurrente en época vacacional: «Me aburro». Ni los padres tendrían que dejar un rato solo al niño para ir a trabajar, con el sufrimiento que implica pensar que a la vuelta lo podían encontrar o socarrado en la cocina o dentro de la lavadora.

«¡Yupil!» ponía fin también a la yincana previa al viaje para completar la lista del equipaje del niño. Una carrera de obstáculos por conseguir a tiempo desde la linterna frontal de minero para practicar espeleología hasta el plástico transparente de dos por tres metros para construir un vivac en el que pasar la noche viendo las estrellas.

Y la prueba más complicada de todas, conseguir que el niño coloque de forma ordenada en la maleta todo el contenido de la lista: las distintas toallas para ducha y baño en el río, la sábana bajera, el anorak que ya descansaba en el fondo del armario pensando que no sería necesario hasta el próximo invierno... Si la misión es casi imposible para el pequeño con la ropa limpia y bien doblada, ¿qué ocurrirá cuando esté maloliente y arrugada? Si se lleva un bulto de equipaje, ¿con cuántas bolsas complementarias regresará? Si en casa siempre tiene que recurrir a «mamáencuentratodo» para recuperar sus objetos perdidos, ¿logrará volver con todas sus pertenencias o se dejará alguna de recuerdo en la montaña?

«¡Yupil!» encerraba el deseo de que ese pequeño Ulises con gorra y mochila al que acababa de despedir volviera convertido en un hombrecito independiente y maduro. Soñar es gratis. Su reflexión le trajo a la memoria la enigmática frase que había leído en el perfil de whatsapp de su hija adolescente: «Cuando madures, búscame en los columpios».

Es tiempo de campamentos para siete de cada diez familias. Por eso cuando la madre leyó en este diario que peligraban las colonias de verano de 240 niños, pensó en la exclamación de desconuelo de los afectados: «¡Buaaaa!».

LA TRIBUNA | Esteban Villarocha, director gerente del teatro Arbolé

Vencer la derrota de la esperanza

La sociedad civil tiene hoy un sentimiento de indignación y repulsa hacia el sistema político. En política, como en filosofía, hay que viajar ligero para llegar compensado

En los 70 recibí en la Universidad de Zaragoza, de la mano del siempre recordado Juan José Carreras, el curso sobre Historia de las Ideas Políticas, que marcó mi devenir personal, social y cultural. Sus disertaciones para explicar el capitalismo tenían como fuente documental los libros de Disney sobre el Pato Donald y su familia, que el insigne profesor convertía en paradigma del capitalismo. Con la distancia que da el tiempo, puedo asegurar que fueron los mejores momentos en mi formación académica y personal.

Aprendí a ver la historia desde abajo, intentando recuperar el pasado de los sectores populares desde una perspectiva que incluía la subjetividad de los actores de la historia: la multitud. Comprendí que la responsabilidad de los historiadores era la de rescatar a la gente ordinaria del pasado, sobre todo a los derrotados, de la condescendencia de la posteridad. Con Thompson, Rude o Hobsbawm, entre otros contemporáneos, descubrí otras maneras de analizar y comprender

el pasado para analizar el presente y mejorar el futuro, entraba en el análisis de los sentimientos de las masas, y cómo se canalizaron a lo largo de la historia en busca de un bien común y se convertían en ideas políticas en marcha.

Hoy, tiempos convulsos, y salvando las distancias temporales, detecto en la sociedad civil un imparable sentimiento generalizado de indignación y de repulsa hacia el sistema político y económico. Veo cómo los sentimientos de la multitud indignada vuelven a reaccionar frente a la desigualdad que se acelera, pero cosa distinta es cómo se están canalizando políticamente. Los sentimientos que movieron a las masas populares significaron en la segunda mitad del siglo pasado su ascenso al poder, convertidas en clases medias; pero hoy no se articulan en nuevo devenir político y social. Son solo sentimientos de hartazgo legítimos peligrosamente al alcance de advenedizos. La situación actual tiende a confundir los sentimientos y las ideas políticas. Hoy los sentimientos no se canalizan en proyectos po-

líticos como en el pasado. Creo que este es uno de los motivos de los resultados del 26-J y de la imposibilidad de un desarrollo político acorde a las demandas de la sociedad, los sentimientos no son movimientos políticos.

Los canales políticos creados para aglutinar a los indignados se acompañan de una indefinición ideológica, por otro lado el bipartidismo conservador-socialdemócrata construido al margen de los sentimientos se resiste a abandonar el ejercicio del poder, la transversalidad es una entelequia; se olvida el cambio que supone social y políticamente la revolución tecnológica; nadie analiza la sociedad del espectáculo, vaticinada en los sesenta por los situacionistas, que convierte la acción política en vodevil. Se observa el miedo de las clases populares a perder lo alcanzado, algunos líderes utilizan la indignación para alentar aptitudes xenófobas y acentuar el perverso hecho identitario. El miedo a volver a empezar y perder privilegios ya desaparecidos y la falta de proyectos ilusionantes a corto plazo,

junto a la inexistencia de un debate sobre el perverso y caduco modelo económico, provoca estas modernas revueltas del hambre que en poco se asemejan a las que protagonizó la multitud en siglos pasados.

Hoy los sentimientos de indignación piden conservar lo perdido y no cambiarlo. No se sustentan en ideas políticas sino en los frutos de cuestiones atávicas, no se fundan en ideas de cambio social, sino en la estrategia de los que intentan canalizarlos políticamente para conquistar el poder. Aunque la política vive momentos de desesperanza, esta no me impide creer en el futuro. Hamlet ve la imposibilidad de la revolución y convoca al teatro.

Sé que la educación es la cultura que comienza y la cultura la educación que prosigue y tengo el deber de resistir por las generaciones que vienen, por la multitud indignada que hoy está haciendo historia. Educación y Cultura, preservarlas y ponerlas en valor, es función del quehacer político, que en conexión con la multitud, debe seguir filosofando y haciendo política, para intentar llegar al poder compensados y sin cargas excesivas, pero con una formulación que responda solo al bien común. Por eso creo, que hoy más que nunca, como me enseñó Juan José Carreras, no puedo abdicar de los matices y debo vencer la cotidiana derrota de la esperanza.

LA TRIBUNA | Javier Juberías Calvo

Instituto Confucio, oportunidad y riesgo

Su llegada no es una mala noticia y tiene ventajas evidentes, pero no hay que olvidar que este centro es el vehículo para exportar las ideas del régimen chino al mundo

De la mano de la Universidad de Zaragoza, llega el Instituto Confucio para extender la lengua y la cultura chinas y promover las relaciones con la R. P. China. Numerosas universidades en el mundo albergan un Instituto Confucio. Y no pocas han decidido durante los últimos años, rescindir sus lazos con el mismo. Las universidades de Lyon, de Toronto, de Chicago, la Estatal de Pensilvania, la de Mc Master y la de Estocolmo entre otras han decidido romper sus vínculos con el IC. Las principales razones: los procedimientos de reclutamiento al más puro estilo del Partido Comunista Chino y los problemas de censura y de libertad de expresión exportados desde Beijing. No nos debemos extrañar de que los profesores del Confucio vengan impuestos desde China a Zaragoza. No olvidemos que el gobierno chino es quien nombra a los obispos de la iglesia católica china en

contra de la opinión del Vaticano y quien nombra reencarnaciones del budismo tibetano en contra de la opinión de la comunidad tibetana.

A pesar de todo, no es mala noticia la llegada del Instituto Confucio a Zaragoza. Las ventajas son evidentes, especialmente en lo que se refiere a la certificación de niveles de idioma. Pero no nos engañemos. Los IC son el mejor vehículo de exportación de las ideas del régimen chino al mundo. Y por definición, una Universidad debe ser el foro de debate, de reflexión y de crítica más ejemplar que pueda existir. Por eso, asociaciones de profesores universitarios de Estados Unidos y Canadá ya han alertado del funcionamiento de los IC y han insistido en el cierre de los mismos. Por lo tanto, la Universidad de Zaragoza deberá estar vigilante. La Jefe Ejecutiva de los IC, Xu Lin, ordenó arrancar las páginas de un programa en Portugal de la Aso-

ciación Europea de Estudios Chinos, porque contenían el nombre de instituciones taiwanesas. Es solo un ejemplo. Pero hay muchos más, como la prohibición a sus profesores de los IC de practicar Falun Gong, práctica meditativa perseguida en China.

Otra cuestión es la de los contenidos culturales que propagará el Instituto Confucio. La selección del profesorado va a ser competencia exclusiva de China. Con las instrucciones que reciben estos profesores desde Beijing, ¿se podrá debatir con neutralidad en clase de mandarín sobre las cuestiones tibetanas y taiwanesas?, ¿podrá acoger la universidad actos culturales tibetanos sin las protestas del IC? El debate sobre la pena de muerte es un clásico en la clase de idiomas, ¿se podrán hacer estos debates en las clases de chino?, ¿podrán leer los estudiantes de chino las reflexiones de Liu Xiaobo, premio Nobel de la Paz y todavía hoy bajo arres-

to domiciliario?, ¿se presentará al Dalai Lama como un disidente que pone en peligro la integridad de la República Popular China?, ¿se explicarán en clase los acontecimientos de la Plaza de Tiananmén en 1989 o los censurará? Todo esto es cultura china. Es muy probable que el fin más importante que el Instituto Confucio persigue, no sea tanto la difusión de la cultura china sino la propaganda del régimen. Espero que la Universidad de Zaragoza tenga la altura de miras suficiente para velar para que esto no ocurra y que, si ocurre, tome las medidas que otras universidades ya han tenido que tomar.

En cuanto a la enseñanza del idioma, en lugar de apostar por sus profesores competentes, libres e independientes del Centro Universitario de Lenguas Modernas, la Universidad de Zaragoza ha preferido subcontratar la enseñanza del chino. Nunca lo había hecho antes con ninguna otra materia. En definitiva, todo parece una apuesta un tanto arriesgada. Ojalá el proyecto llegue a buen puerto y no encuentre en el camino las dificultades. La Universidad de Zaragoza y la lengua y la cultura chinas así lo merecen.

Javier Juberías Calvo es subdirector del Centro Universitario de Lenguas Modernas